

la vertebración simbólica de la poesía. En un sondeo en que confluyen disciplinas diversas, va configurando su interpretación de los textos que se ha propuesto iluminar.

Ensayista a cabalidad, abre los textos, insinúa, atisba, sin olvidar al lector que podría diferir de ciertas aproximaciones. Y es en este sentido que la obra del autor hispano -ahora tan chileno por su carta de ciudadanía que honra a nuestro país- es el mejor testimonio de un escritor dialogante. Toda su obra es un diálogo con los poetas, pensadores, narradores, dramaturgos, en un friso de la lengua castellana en concordancia con voces de otras latitudes. La literatura nórdica -*Ibsen*- o germana -*Thomas Mann*-; el lenguaje de las tribus Tuareg del desierto africano; las leyendas orientales, o los diálogos platónicos, son -en su variedad- tonalidades en tornasol de su reflexión crítica.

Vicente Mengod nos invita a participar en este diálogo con las voces polifónicas de otro tiempo.

LUIS DROGUETT ALFARO

<https://doi.org/10.29393/At465-29FCBS10029>

## LA FAMILIA CEREZOS

De *Fernando García Blest*,

Editorial La Noria, Santiago 1991

Se oye decir a menudo que la novela, como género literario, atraviesa una época penosa, donde están subvertidos todos los valores que han ido formándose y agregándose a aquélla a lo largo de las vicisitudes literarias, pero todo esto es cuestión de perspectivas, porque las novelas se siguen editando.

Fernando García Blest es un reconocido novelista, de amplia y fecunda labor literaria contando ya con varios capítulos publicados. Ahora entrega *La familia Cerezos*, donde una vez más con seguro estilo y factura de mano maestra, hace suya la confirmación de lo que una novela debe ser: entretenida. Y lo consigue sin acudir a exotismos ajenos a su idiosincrasia de haber vivido en lo que describe y conoce al dedillo; nació en Talca. La acción transcurre en un pueblo -Tricahue- cuya ubicación corresponde a la zona rica en mostos que harán la fortuna de los propietarios de las viñas, una zona que se extiende desde Curicó a Parral. Esto está íntimamente relacionado con el ir y venir de los que constituyen *La familia Cerezos*, y por supuesto, como siempre sucede, el nacimiento, madurez y decadencia de Tricahue que influye de manera señera en el desarrollo de los acontecimientos.

En la novela, la figura patriarcal de Juan Ramón Cerezos desborda los alcances de sus actividades en Tricahue -pueblo prácticamente fundado por él-; hombre de

empresa, amplia visión industrial, tenaz, autoritario, de espíritu creador y siempre atento a dar remate a sus objetivos. Un hombre que despierta admiración. Y él, como un Anteo gigante, para recuperar fuerzas, necesita apoyar los pies en la tierra. En su caso, son las mujeres. Y los “huachos” proliferan por doquier. Estos, como sucede en la mayor parte de Hispanoamérica, son los que conformarán la futura sociedad.

Como todo se desarrolla bajo su égida patriarcal, las mujeres son esclavizadas en el reducto de la familia y se les cerraban todos los caminos de emancipación, dejándole libre uno tan sólo: el camino de la fe religiosa. En la época en que transcurre la acción de la novela, el analfabetismo de las mujeres es tan evidente como el analfabetismo ilustrado de la “señorita”, cuyos conocimientos no van más allá del francés y de la costura.

En ese entonces, muchas veces se defendía la ignorancia femenina con los mismos argumentos que se utilizaban para defender el pudor. Para ciertos padres y ciertos maridos el diablo acechaba detrás de la cultura. Pero la mujer necesitaba una actividad espiritual que no fuera la del amor y hubo que buscarla donde se le ofrecía más próxima y hacedera: en el sentimiento religioso que se les facilitaba sin esfuerzo. Chile era un pueblo de mujeres católicas.

Que es preciso aceptarnos como somos está bien, pero resulta peligroso. Y es Isidora, nieta de Juan Ramón Cerezos, quien encarna a la “rebelde”, la que trae nuevos aires de renovación a lo establecido. Isidora es quien cautiva por llegar a ser ella misma en el curso de los acontecimientos. El autor la retrata con admiración subyacente en el discurso circunstancial que envuelve su presencia de mujer que la lleva a preguntarse: “¿me entiendo yo misma?” Y continúa: “Justo, esta frase “llevando yo las riendas” resume simbólicamente quizás la forma en que quiero vivir: sola, con el universo en mis manos, con su ambiente, sus hombres y sus bestias. ¿Soy rebelde? Aparente, sí, puesto que no estoy conforme con mi vida y protesto cuando puedo y como puedo con tal de cambiarla. Mis padres son amorosos y lamento de veras constituir un problema para ambos. ¡Hasta cuándo pretenden disponer de mi persona o de mis sentimientos! ¡Es un disparate!” (pág. 169).

Y como en la vida todo tiene su precio, los personajes irán pagando el que les corresponde, dentro de sus propias posibilidades. Por supuesto que siempre el factor de salir adelante por cualquier medio -en algunos, dentro del *fair play*, en otros, bueno, como la ocasión lo presente- es lo que Fernando García Blest va mostrando en lo auténtico de las diversas personalidades como son: Alonso Cerezos y su esposa María Ester, padres de Isidora; José Pedro Montilla, el “huacho”, quien por sus propios medios y méritos y a pesar de “una especie de cáncer psicológico que se tradujo en desánimo, amargura” (pág. 92) logra consolidar, con el carácter heredado de su progenitor, un destino que es el que se esperaba de los hijos legítimos.

A lo mejor, la novela de Fernando García Blest podría considerarse dentro de lo que habitualmente se ha dado en clasificar como “criollista”. Pero dicha escuela literaria, que en nuestro país tuvo destacados cultores, ha desarrollado a su vez un

mayor y más amplio alcance en la consideración estética, pudiendo llegarse a la conclusión de que toda nuestra narrativa, de mayor o menor modo, encierra en su médula puntos de contacto con aquello de “pinta a tu aldea y habrás pintado el Universo”.

Un atenuado racconto de memoria del olvido es lo que Fernando García Blest mantiene en suspenso en su novela, pero su actualidad está vigente en nuestro inconsciente colectivo.

BACCIO SALVO

## LAS MAREAS VICTORIOSAS

De *Antonio de Undurraga*

Editorial SKOLAR. Madrid.

Esta obra de Undurraga, con mucho cuidado transita desde la poesía hermética hasta la más sencilla y romántica sin mayores complicaciones. Predomina lo complicado pues el poeta tiene la precaución de expresarse de manera compleja, utilizando el cañamazo de las imágenes y metáforas de no fácil reducción lógica.

El autor ha recibido máximos elogios. Los críticos americanos han dicho que Undurraga es uno de los grandes poetas chilenos, que sabe sumergirse en las recónditas profundidades del yo, para exhibir un puñado de flores conceptuales.

Juana de Ibarbourou dijo que el autor era uno de los grandes poetas del mundo. También el poeta fue festejado por Gabriela Mistral.

Uno de sus poemas se titula “Hora de Isafas”:

“Sardinas del Mediterráneo, alcanfor, luz, toallas,  
alimentos sustanciales y soliloquios opíparos,  
todo nos fue dado y todo nos fue prohibido”.

Tres notas que hacen pensar en las predicaciones de un profeta, levantando todos los castigos que la vida nos anuncia, lo prohibido por Dios, que levanta la mano para que llueva el castigo.

“La paloma del mundo”: “En Venecia en la plaza de San Marcos las palomas / reinauguran cada día los cimientos / de la alegría del mundo”.

Esa alegría es un resucitar de otras alegrías, ya que en un comienzo del poema se habla de la muerte de otras palomas que mueren inexorablemente.

“Epitafio de Panait Istrati” hace alusión a su querida pobreza, su afán de vagabundo y una vida con su mente penetrante. Con ideas de “Nerransula” y “El pescador de esponjas”.